

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

Madrid.—Lunes 5 de Diciembre de 1870.

PROTESTA DE LA REINA DOÑA ISABEL II.

La trascendental importancia de la protesta que á continuacion insertamos nos obliga á publicarla hoy por extraordinario á fin de no retardar á nuestros lectores el conocimiento de tan importante documento.

El levantado y sentido objeto á que se dirige este escrito, y las elocuentes y nobles frases con que está redactado, revelan el desinteresado y patriótico sentimiento que lo inspira.

Hoy, que despues de dos años de la mas profunda perturbacion, la revolucion está ya juzgada, la nacion entera verá en este documento el eco fiel de sus legítimas aspiraciones.

A LOS ESPAÑOLES.

Sucesos, que no quiero ni debo recordar, y mi constante propósito y ardiente deseo de hacer vuestra felicidad, aun á costa de los mayores sacrificios, me decidieron en 1868 á abandonar el pátrio suelo, habiendo desde entonces dirigido al Cielo mis mas fervientes votos para que os otorgase la paz y bienestar, que tanto mereceis, y de que una minoría ansiosa del poder os había privado para algun tiempo.

Queriendo legalizar este paso, tan grave siempre como doloroso para Mí, y evitar que calificándolo de hijo de la violencia, pudiera servir de motivo fundado para promover nuevos trastornos en un porvenir más ó menos remoto, formalicé en 25 de Junio de este año una libre y espontánea abdicacion de todos mis derechos *meramente políticos*, con todos los que me correspondian á la corona de España, trasmitiéndolos á mi muy amado hijo D. Alfonso de Borbon, Príncipe de Asturias, y reservándome todos los que no tuviesen dicho carácter político.

Lisonjeábame de que mi abnegacion, tan espontánea como sincera, podria calmar las pasiones so-

brexcitadas, inspirar confianza á los que, no haciéndome justicia, hubieran creido que mi persona fuese un obstáculo al afianzamiento de las públicas libertades; y lograr que el país volviese al estado normal, profundamente alterado por una revolucion que no podia menos de producir males sin cuento.

Pero Dios no ha querido atender todavía mis fervientes súplicas. La revolucion sigue su marcha, y acaba de desconocer los derechos de mi hijo, hoy vuestro Rey legítimo con arreglo á todas las Constituciones españolas, llamando á ocupar el trono de San Fernando y de Carlos V á un extranjero, cuyo mérito, por grande que sea, no puede darle un título para ser vuestro Rey, despojando de sus derechos á toda una dinastía única que tiene en su favor la legitimidad secular y política, que ha sido insigne desvarío desconocer.

Faltaria á los deberes sagrados que tengo como madre y jefe de mi familia, si no consignase la mas solemne protesta contra semejante despojo, y la dirijo á vosotros antes que á nadie, pues que sois los llamados á reparar una tan grande violacion del derecho, de la cual es víctima un inocente niño, que no puede ni debe ser responsable de los errores injustamente atribuidos á sus antepasados.

Nada mas lejos de mi ánimo é intencion que apelar á la violencia; harta sangre ha derramado el pueblo español para sostenerme en el trono de mis mayores; no quiero que la derrame de nuevo para restablecer en él á mi hijo querido. Deseo únicamente que la opinion rectificada, que el convencimiento de que solo asentando el porvenir sobre la antigua y secular base de la Monarquía, puede España recobrar la elevada y respetable posicion que ocupó por mucho tiempo en el mundo, traigan pacíficamente, pasado el torrente revolucionario, que de seguro veis con espanto, la restauracion que, á la vez de llenar de júbilo mi corazon de madre, me consolará de la pena que me causan, no las mias, sino vuestras desgracias.

ISABEL.

Ginebra 21 de Noviembre de 1870.

Imp. de J. García, Cabeza, 36.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

Madrid.—Lunes 5 de Diciembre de 1870.

PROTESTA DE LA REINA DOÑA ISABEL II.

Protestas, inspirar confianza a los que no hacen-
home justicia, hubieran creído que mi persona fuese
un obstáculo al adelantamiento de las públicas libe-
tades; y lograr que el país volviese al estado nor-
mal, profundamente alterado por una revolución
que no podía menos de producir males sin cuento.
Pero Dios no ha querido atender todavía mis fer-
vientes súplicas. La revolución sigue su marcha, y
acaba de desconocer los derechos de mi hijo, hoy
nuestro Rey legítimo, con arreglo a todas las Cons-
tituciones españolas, llamándole a ocupar el trono de
San Fernando y de Carlos V. A un extranjero, cuyo
mérito, por grande que sea, no puede darle un títu-
lo para ser nuestro Rey, despojando de sus derechos
a toda una dinastía única que tiene en su favor la
legitimidad secular y política, que ha sido siempre
devario desconocer.

¡Bastaría a los deberes sagrados que tengo como
madre y jefe de mi familia, si no consiguiese la mas
solemne protesta contra semejante despojo, y la di-
rigo a vosotros antes que a nadie, pues que solo los
llamados a reparar una tan grande violación del de-
recho, de la cual es víctima un inocente niño, que
no puede ni debe ser responsable de los errores in-
justamente atribuidos a sus antepasados.

Nada mas lejos de mi ánimo e intención que ape-
lar a la violencia; para tanto antes he determinado el
pueblo español para sostenerme en el trono de mis
mayores; no quiero que la guerra de nuevo para
restablecer en él a mi hijo querido. Debo únicamente
te que la opinión rectificada, que el convencimiento
de que solo asentando el porvenir sobre la antigüedad
segura base de la Monarquía, puede España reco-
brar la elevada y respetable posición que ocupó por
mucho tiempo en el mundo, trágica pacíficamente,
pasado el torrencio revolucionario, que de seguro
vais con España, la restauración que, a la vez de
liberar de todo el corazón de madre, me consolara
de la pena que me causan, no las mías, sino vues-
tras desgracias.

ISABEL.

Ginebra 21 de Noviembre de 1870.

Imp. de J. García, Oaxaca, 38.

La trascendental importancia de la protes-
ta que a continuación insertamos nos obliga a
publicarla hoy por extraordinario a fin de no
retardar a nuestros lectores el conocimiento de
tan importante documento.

El levantado y sentido objeto a que se diri-
ge este escrito, y las elocuentes y nobles frases
con que está redactado, revelan el desinteres-
do y patriótico sentimiento que lo inspira.

Hoy, que después de dos años de la mas
profunda perturbación, la revolución está ya
juzgada, la nación entera ve en este docu-
mento el eco fiel de sus legítimas aspiraciones.

A LOS ESPAÑOLES.

Sucesos, que no quiero ni debo recordar, y mi
constante propósito y ardiente deseo de hacer vues-
tra felicidad, aun a costa de los mayores sacri-
cios, me decidieron en 1868 a abandonar el pátrio
suelo, habiendo desde entonces dirigido al cielo mis
mas fervientes votos para que os otorgase la paz y
bienestar, que tanto merecáis, y de que una mi-
ra ansiosa del poder os habla privado para algu-
no tiempo.

Queriendo legalizar este paso, tan grave siem-
pre como doloroso para mí, y evitar que califican-
do de hijo de la violencia, pudiera servir de mo-
tivo fundado para promover nuevos trastornos en
un porvenir más o menos temido, formé en 30
de Junio de este año una libre y espontánea abdi-
cación de todos mis derechos meramente políticos, con
todos los que me correspondían a la corona de Es-
paña, transmitiéndolos a mi muy amado hijo D. Al-
fonso de Borbón, Príncipe de Asturias, y reservan-
do todos los que no tuviesen dicho carácter po-
lítico.

Entendíame de que mi abdicación, tan espon-
tánea como sincera, podría calmar las pasiones so-